

UTOPIA

9
5u
IO ZAVALA



02454

M A S
M O R O

23/4

UTOPIA



BIBLIOTECA

CAMPUS SANTA MARIA

UTOPIA

QUEDA HECHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY
1982

1214
TOMÁS MORE

PROLOGO
TRADUCCION Y NOTAS DE
L. LAJUNTA
QUIEN
que ha de
a
H
un
e tanta
fama ha conocido como la célebre Utopía? Creemos
que antes de señalar la importancia de esta
obra es conveniente decir algunas palabras acerca de
la vida de su autor, una de las personalidades más
relevantes de la vida europea en los siglos XV y XVI.

UTOPIA

Thomas More, llamado en versión española Tomás Moro, nació el 7 de febrero de 1478 y murió el 6 de julio de 1535. Tuvo la fortuna de disfrutar de una excelente formación, y ciertamente no la desaprovechó, desarrollando hasta el máximo las dos virtudes básicas de toda gran personalidad: por una parte, unas sobresalientes dotes naturales para el estudio y la actividad intelectual, y de otra una firme aplicación encaminada a obtener el máximo rendimiento de aquellas dotes.

Pronto halló la protección del cardenal Morton, que le proporcionó algunos empleos que eran magníficas bases de partida para una brillante carrera. Y aquí nos viene a la pluma un comentario que, en no pocas

a=02454

F=1024

TRADUCCION Y NOTAS DE
JOSÉ M.^a CLARAMUNDA BES

PRÓLOGO DE
JOSÉ M.^a ESPINÁS MASIP

QUEDA HECHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY
1982

PRÓLOGO

¿Quién fué Tomás Moro? ¿Quién fué el hombre que ha dejado a la Humanidad un libro que tanta fama ha conocido como la célebre Utopía? Creemos que antes de señalar la verdadera importancia de esta obra es conveniente decir algunas palabras acerca de la vida de su autor, una de las personalidades más relevantes de la vida europea en los siglos XV y XVI.

Thomas More, llamado en versión española Tomás Moro, nació el 7 de febrero de 1478 y murió el 6 de julio de 1535. Tuvo la fortuna de disfrutar de una excelente formación, y ciertamente no la desaprovechó, desarrollando hasta el máximo las dos virtudes básicas de toda gran personalidad: por una parte, unas sobresalientes dotes naturales para el estudio y la actividad intelectual, y de otra una firme aplicación encaminada a obtener el máximo rendimiento de aquellas dotes.

Pronto halló la protección del cardenal Morton, que le proporcionó algunos empleos que eran magníficas bases de partida para una brillante carrera. Y aquí nos viene a la pluma un comentario que, en no pocas

ocasiones, nos hemos formulado ante los grandes éxitos personales del mundo moderno. Es frecuente que un hombre de ciencia, que tiene a su disposición un arsenal de poderosos recursos técnicos y económicos, consiga algún descubrimiento sensacional. Entonces se produce el curioso fenómeno que consiste en rebajar el mérito de aquel investigador, atribuyendo el triunfo al conjunto de elementos de que disponía. Y se olvida un detalle fundamental: que no son los recursos con que cuenta los que hacen inteligente a un hombre, sino que si a aquel investigador se le han dado tantos medios es porque se descubría ya en él la inteligencia. Del mismo modo, Tomás Moro no es importante por la protección que mereció, sino que mereció tal protección porque era una personalidad excepcional.

Fué enviado a Oxford. Empezó a escribir poesías, en latín y en inglés, asomando ya a sus versos la ironía que había de constituir años después uno de los elementos más atractivos de su Utopía. Conoció pronto la fama, y su ilustre amigo Erasmo se preocupó generosamente de difundirla por todo el mundo. El éxito, sin embargo, no se le subió a la cabeza. Obsesionado por encontrar la verdad y dedicarse íntegramente a ella, intentó ingresar en varias Ordenes religiosas, sin realizarlo al fin. Ello no impidió que en la vida secular practicara una austeridad y una mortificación constante y usara cilicio con que humillar la carne.

Se licencia en Derecho y ejerce la abogacía en Londres. Podemos decir que a partir de este momento se inicia su brillante carrera política. La honestidad que preside siempre su actuación le concede no sólo la profunda estimación popular, sino un puesto en el Parlamento. Ello ocurre en 1504. Investido de tal autoridad se opone firmemente al aumento de los impuestos, y llega a ser procesado por Enrique VII, aunque en última instancia el monarca ceda ante la presión, favorable a Moro, de altos círculos del país.

Cuando sube al trono Enrique VIII no permanece sordo al renombre de que goza Tomás Moro, y se interesa por su carrera. Le encomienda diversas misiones diplomáticas por Europa, durante las cuales el autor de Utopía observó y meditó largamente acerca de los problemas políticos y sociales. Es nombrado, sucesivamente, y en el plazo de breves años, miembro del Consejo Secreto, Subtesorero y, por fin, Gran Canciller.

Cuando disfruta de tan elevado cargo se produce su ruptura con Enrique VIII. Ahora es, ciertamente, cuando Tomás Moro da pruebas de su temple moral y de su heroica integridad. La causa de su caída en desgracia es el divorcio que el rey planeó para separarse de Catalina de Aragón. El Gran Canciller no puede aprobar este divorcio, ni tampoco dar su conformidad a que Enrique VIII, independizándose de Roma, se convierta en el jefe de la iglesia anglicana. Por ello dimite en 1532, y pasa a vivir con una es-

trechez que tanto le honra desde un punto de vista moral. Pero Enrique VIII no puede quedar satisfecho. La oposición de su Canciller, que goza de una profunda consideración general, dificulta la maniobra que creyó tan fácil, y teme que pueda provocar una creciente resistencia en el pueblo contra su actitud. Insiste enérgicamente frente a Tomás Moro, sin lograr que éste transija en su noble posición. La irritación del monarca llega hasta detener al Canciller, encerrándolo durante un año en la Torre de Londres. Tampoco allí se quebranta el temple del hombre que ha sido tenido, con razón, por el más honrado de su tiempo, y en 1535 se produce la venganza: Tomás Moro es ejecutado y muere como un mártir de su fe, por lo que es lógico que la Iglesia Católica lo haya aceptado en su santoral.

Este hombre extraordinario, que reunió dos virtudes supremas, la inteligencia y la nobleza de corazón, es el autor de Utopía, la famosa obra que hoy presentamos al lector.

* * *

Completemos esta nota preliminar con unos breves comentarios a la índole de Utopía.

La palabra utopía ha quedado en el lenguaje corriente como algo irrealizable y fantástico. No puede negarse que el espíritu popular ha sido siempre reacio a todas las elucubraciones ideales. Todo cuanto se ha escrito, desde Platón a Tomás Moro, para establecer

las bases de un Estado ideal, ha quedado como un modelo estrictamente teórico, más o menos divertido, pero ineficaz. Esta es la opinión que suele formularse cuando se examina este tema, pero debemos afirmar que no pasa de ser una opinión muy poco meditada y expuesta con notable ligereza.

En efecto. Si algunos escritores ambiciosos proponen ejemplos de un gobierno ideal se debe sin duda a que son voz y exponente de un deseo universal: el deseo de progresar. La suprema perfección está en el ánimo de todos los hombres de todas las épocas. Y aunque el Estado perfecto no se haya conseguido todavía, ni probablemente llegue a conseguirse, es innegable que la repetición, en libros excepcionales, de cómo debería ser este Estado imaginario ha producido un lento pero real provecho. Muchas conquistas y mejoras de orden político y social que el tiempo ha dado se deben a la instigación de los escritores y pensadores que podríamos llamar utópicos. Porque cuando menos, en libros como Utopía el autor denuncia los defectos del orden social existente, los errores de los gobernantes, las imperfecciones de la administración de justicia. Ha dicho César Cantú: «El nombre de aquella imaginaria república ha quedado en el idioma para designar aquellos inejecutables proyectos que, sin embargo, tienen algo de realidad, y a veces no son más que «verdades intempestivas». Siempre ha sido, decimos nosotros, la denuncia del mal un trámite indispensable para que se logre el bien.

Contemplemos, por otra parte, como la utopía desempeña también un trascendental papel en el mundo de la ciencia. La imaginación de algunos hombres realmente geniales ha anticipado al mundo descubrimientos, fenómenos y máquinas que sus contemporáneos aceptaron como brillante pero inútil fantasía, y con el tiempo las intuiciones de los innovadores se han realizado en forma asombrosamente fiel. Es más: parece que casi todo lo que se consigue y progresa en el orden técnico y científico tiene un precedente en un escritor futurista. Roger Bacon, Julio Verne, H. G. Wells ilustran abundantemente este curioso fenómeno.

Si el lector se hace éstas o parecidas consideraciones, examinará sin duda con un mayor respeto e interés la obra de Tomás Moro. El Canciller de Enrique VIII conocía la organización de los gobiernos europeos por su condición diplomática, y pudo aprender en la práctica los inconvenientes y defectos que presentaban. Esto le movió sin duda a establecer las normas por las que debería regirse el mejor de los Estados. El protagonista de su obra explica qué es la república de Utopía, isla imaginaria en la que no se conoce la propiedad privada, se trabaja durante seis horas, todos los utópicos tienen la obligación de dedicarse a la agricultura, aunque además se adiestran en un arte a elegir, el oro no tiene ningún valor, los matrimonios se celebran a prueba (el adulterio, sin em-

bargo, se castiga con la esclavitud) y no es necesario el Ejército, entre otras peculiaridades.

Debemos recordar que este libro, cuando apareció, causó una profunda sensación. Parece ser que impresionó hasta tal punto la opinión de la época que incluso se propuso la evangelización de la isla, como si se tratara de una realidad y no de una fantasía. Se publicó por primera vez en 1518, y llevaba el título De optimo statu rei publicae deque nova insula Utopia. A lo largo de más de cuatrocientos años la reedición de la obra de Tomás Moro se ha efectuado de manera intensa y constante, en todos los idiomas, y ha provocado directa e indirectamente infinidad de imitaciones y también, en ciertas ocasiones, nuevas obras de alto interés sobre el mismo tema.

Sería inconveniente que expusiéramos, con mayor detalle, el contenido de Utopía, que el lector gustará de ir descubriendo por sí mismo. Esta es una obra típica del Renacimiento, y no dudamos en aconsejar una frecuente relectura del texto. Porque, como en todas las grandes creaciones del espíritu humano, las sugerencias que ofrece son infinitas, y a cada nuevo examen el curioso encuentra nuevos motivos de admiración.

Y aparte de su valor histórico, Utopía apasiona en alto grado en nuestros días, porque nos proporciona una visión y una solución singular e interesantísima de los más vivos problemas sociales de todos los tiempos.